
HAY SUFICIENTE METAFISICA EN NO PENSAR NADA

Ninguna época histórica ha soñado tanto como los tiempos modernos. Ninguna otra ha disparado tanto su fantasía como la nuestra. Jamás el hombre había bebido tal cantidad de irrealidad como en los últimos siglos. Esto suena raro porque si algo parece definir a los tiempos modernos es su apego a los hechos, su toma de distancia frente a quimeras, visiones y toda suerte de ensoñaciones que se aparten de lo que se ha dado en llamar la realidad. Sin embargo, los tiempos modernos son los que más alejados han estado de lo que, no sin pudor, podemos nombrar como la realidad.

Pasa que nuestra época decidió amputar la realidad, reducirla a su aspecto físico, a su corteza material. Pasa que casi la esquilmo de misterio, que casi la desecó de savia subjetiva. Aquí reside la fantasía: en creer que la realidad es sólo su parte externa, material; en cancelar la posibilidad de que exista otra que no sea la que nuestros sentidos y nuestra razón son capaces de percibir.

De esta fantasía se derivan muchas otras. Sobre todo una: la creencia de que el hombre puede erigirse como el monarca de esta realidad estrictamente física y mensurable. Para el ideal moderno el universo es un suburbio del mundo social; la sociedad es el verdadero universo: el universo, una especie de traspacio de la sociedad. Todas las instituciones modernas se han concebido en este útero fantástico. Todas tienen como madre esta idea fabulosa y temeraria.

Este nuevo anhelo que situaba al hombre como el actor principal de la pieza marcó un profundo recambio de energías. Cerrados otros mundos que no fueran los que la ciencia pudiera discernir, el hombre moderno decidió no rendirle cuentas a nadie que no fuera él mismo. Si en el universo físico la figura más evolucionada es el hombre, toca a él ser el conductor y usufructuario de todas sus acciones. Poco a poco la cultura se fue haciendo exclusivamente para el hombre, en nombre del hombre, con el sello del hombre. Ya no había que convivir con otras realidades no naturales; se acabaron los tiempos en que las acciones humanas tenían sentido sólo si se les vinculaba con otras superiores. Hasta las más nimias manifestaciones de las culturas antiguas tenían una significación cósmica y estaban imbricadas en un universo orgá-

nico con jerarquías. Los tiempos modernos liquidaron estas jerarquías en las que el hombre no ocupaba un lugar central en el mundo, en donde era una parte del todo y no el único artífice ni el protagonista principal.

Por alguna razón extraña nuestra época optó por arrojar al olvido esta modestia y ensayar un tipo distinto de convivencia con el universo: una en la que lo humano fuera el principal acreedor, el máximo beneficiario.

Al hacer esto se efectuó un cambio en la direccionalidad de la energía. La cultura se volvió centrífuga respecto al universo, y centrípeta respecto a sí misma. El hombre moderno tiene una tendencia a salirse del eje alrededor del cual gira el universo, y otra tendencia, que es efecto de la primera, a encerrarse dentro de sí mismo, a no articularse con nada que no sea su propia realidad.

Este juego de energías es peligroso. De seguir con esta direccionalidad seguramente el hombre será expulsado de las órbitas universales en las que a pesar de todo aún permanece, y será transformado en material para otros compuestos. Por lo demás, el universo no perderá mucho y el pequeño desequilibrio cósmico producido por el hombre será enmendado sin dificultades. Le hace mucho más falta al hombre el universo que al universo el hombre, aunque por supuesto son la misma cosa.

El egocentrismo es la institución suprema de nuestra época. Es el totem que todos veneramos, ante el cual todos nos inclinamos. No es que en la época moderna haya aparecido el ego, que es congénito a la existencia del hombre, pero sí que en ella se le ha sobrevalorado desmesuradamente. Más aún, se puede decir que de forma no explícita, de forma velada, el ego es el centro rector de nuestros comportamientos sociales e individuales. Digo de forma velada porque precisamente uno de los rasgos característicos del tiempo que nos tocó vivir es el despropósito, el ecubrimiento de los verdaderos fines que se persiguen. Ningún miembro representativo de los tiempos modernos reconocerá que sus acciones alimentan al ego, aun cuando de hecho lo hagan. Al ego le gusta enmascararse.

Las grandes instituciones e idearios modernos tienen inevitablemente una impronta egocéntrica: la democracia, la idea de progreso, las utopías del absoluto histórico, el Estado-nación, la familia, la crítica, etc. El ego es una energía en tensión que tiene la virtud de obstruir el flujo de fuerzas infinitamente superiores a la suya. Es una especie de fábrica de ilusiones obsesionada por imponerle rutas e imágenes a la realidad, por moldearla a su manera, por creer que lo que piensa de las cosas son las cosas mismas. El ego quiere fijar la realidad donde sólo existe movimiento; quiere fincarse donde no hay nada estable; quiere encontrar el absoluto donde es imposible hallarlo, es decir, en el tiempo, en la historia; quiere determinar un centro: el hombre, siendo que el lugar de éste está en la periferia. El ego es voraz: exige constantemente alimento. El ego inventa, se ilusiona, se autoengaña, se atavía con miles de disfraces se maquilla con múltiples rostros y actitudes, es huidizo, astuto, vertiginoso, puede sentirse culposo o culpígeno. Todo es válido para él si se satisface con un fin primordial: preservarse ante otras fuerza superiores a las suyas. El ego opone los contrarios, se asienta en dualidades, se arrincona en morales dicotómicas. También puede fingir lo contrario. El ego quiere definirlo todo, nombrarlo todo. Nos ha constipado de conceptos, de interpretaciones, de cuadraturas discursivas. Y mientras nuestras cabezas pergeñan sofisticadas teorías sobre "la realidad", ésta parece quedársenos viendo, menear la cabeza y sonreír despacio. Los cerebros de los pensadores viven en suntuosos palacios, dice Kierkegaard, sus almas en chozas.

El ego es a la vez frágil y astuto, precario y zorruno. El ego es inestable, jamás podrá conquistar, sin negarse a sí mismo, un estado absoluto. El ego es un dique,

una cortina; su función es tapar no dejar fluir; su razón de ser es detener no impulsar. ¿Qué esperar de una sociedad comandada por este animalito? Una sociedad que le rinde culto al ego que lo nutre todo el tiempo, es una sociedad conflictiva y destructiva por naturaleza. El principal enemigo de la paz mundial y de la armonía con el universo no es el imperialismo ni la burguesía, es el ego.

Ningún otro ser vivo tiene ego. Sólo el hombre. Sólo él se resiste a comulgar con el todo. Pero tampoco ningún otro ser tiene la posibilidad de elevarse espiritualmente tanto. Sólo el hombre. Sólo él puede descender muy bajo o ascender muy alto en la jerarquía universal. En los tiempos modernos el hombre ha tocado el fondo. “La grandiosa empresa de la historia moderna debe ser liquidada, el negocio no ha salido bien”, ha dicho Berdiaev.

La precariedad de los tiempos modernos se revela en el hecho de que desde sus inicios dudaron de sí mismos. De algún modo, los tiempos modernos nacieron muertos. Sus esperanzas y principios siempre han sido puestos en tela de juicio o han despertado desconfianza. No pocos apóstoles y entusiastas de la era moderna vivieron desdoblamientos, decepciones o conversiones. Pascal, por ejemplo, Rousseau, o el mismo Voltaire quien varias veces vio derrumbarse su optimismo.

Los tiempos modernos nunca han vivido una época prolongada de estabilidad. Desde finales del siglo XVIII la edad moderna ha sido constantemente criticada, especialmente por artistas y pensadores que no se tragaron la píldora moderna.

En el corazón del siglo de las luces, que tan vehemente palpitó en favor del progreso científico y humanista, Rousseau niega rotundamente el sentido de este progreso. Poco después Europa es invadida y picoteada por docenas de románticos geniales que rehusan caminar complacientes por las nuevas y chatas avenidas modernas. Luego, Schopenhauer que, como dijo Borges “quizá descubrió el secreto del universo”, se decepciona profundamente de la cultura de su tiempo y propone una solución atemporal al problema del hombre. Luego Kierkegaard, Tolstoi y Dostoyevsky que hace añicos el ideal moral racionalista; y Melville, y los poetas malditos que rabian contra la imperfección del mundo y la naturaleza; y Emerson; y Rimbaud que desobedece el canon moderno para vivir y hacer poesía, y Bergson, y Madame Blavatsky, la bruja rusa fundadora de la Sociedad Teosófica que busca fundir todas las religiones en una sola, y decenas de músicos y pintores que volvieron mágico al arte, y Unamuno que no se conforma con su finitud y reclama como un niño su inmortalidad; y llegamos al siglo XX y las cosas se agravan porque al final de la I Guerra Mundial los tiempos modernos sufren un desgarramiento que se traduce en una actitud generalizada de descreimiento que es señalado por las mentes más lúcidas de entonces: Ortega y Gasset Valery, Spengler, Berdiaev, Musil, entre muchos otros. Los hombres más sensibles del siglo XX se convulsionan internamente. No pueden aceptar los valores heredados de una civilización humanista cuyo rostro se hizo visible durante el periodo bélico 1914-1918. Algunos se convierten al catolicismo después de afrontar arduas luchas internas, como Papini, Eliot, Wittgenstein, G. Green, Claudel, Chesterton. Otros (como Artaud y algunos surrealistas) hurgan el absoluto con demencial energía y son devorados por esta ansia. Otros más, incapaces de soportar la aridez y la incertidumbre interna sucumben en el vicio o en la autodestrucción. Todos, sin embargo, son fieles representantes de este siglo XX en el que la identidad de los tiempos modernos ha comenzado a desplomarse.

Pero hay más. Aparte de los más sensibles y talentosos, aparte de aquéllos que han pulsado la época a flor de piel, están las nuevas actitudes de grandes grupos sociales que revelan, igual, esta crisis. Algunos ejemplos: la nueva actitud de la mujer

que trae consigo la cada vez mayor inestabilidad de la familia, la renovada visión sexual despojada de deberes ser y utilitarismos, la reivindicación del cuerpo como fuente de goce y valor vital. Estos comportamientos significan el inicio de un giro enorme de los valores que signan la mentalidad moderna. Aunque poco espirituales, aunque quizá “decadentes”, son el paso necesario para romper con las ataduras carcomidas de la tradición moderna.

Algo más: la influencia de las filosofías orientales en Occidente, que es todavía magra y confinada, pero que resulta esencial para conocer los rasgos del nuevo ciclo histórico. Nunca antes el flujo del espíritu religioso oriental había penetrado de tal modo en Occidente. Ello es importantísimo porque la tradición religiosa es mil veces más rica en aquellos países que en los nuestros; y es en ella, querámoslo o no, donde se encuentra la mayor veta no moderna con la que contamos para conformar una cultura distinta a la actual. La tradición religiosa oriental es el máximo tesoro de la humanidad.

El siglo XX es, como decía Camus, el siglo de la angustia, sobre todo por una cosa: por la falta de identidad que caracteriza a las sociedades y a los individuos. Hemos perdido nuestra identidad. Los valores temporales que nos ofrecen los tiempos modernos no nos satisfacen. Los sabemos fugaces, inconsistentes. Queremos algo más, algo que llene los huecos que se nos han abierto en nuestro interior. La ciencia es incapaz por sí sola de llenar este vacío. Los logros de una revolución social resultan igualmente limitados. Es necesario dirigir nuestra atención a otro lado; al que nos han indicado los más lúcidos y perceptivos hombres y mujeres de este siglo: nuestro interior.

El primer paso para superar los tiempos modernos es invertir la dirección de la energía. Nada cambiará mientras sigamos desconociendo fuerzas cósmicas superiores a las nuestras; mientras no franqueemos el cerco egocéntrico en el que estamos atrapados, casi siempre sin saberlo; mientras no empleemos estrategias efectivas para superar el ego. Más allá de nuestro pequeño yo de nuestro yo caricaturesco está aquello otro innombrable que ninguna ciencia o discurso teórico será capaz de codificar o conceptualizar porque su esencia no puede ser descrita por ningún lenguaje.

Hacia allá nos dicen que vayamos las sensibilidades más agudas de estos últimos dos siglos. Sabemos de esta tradición polifacética, un tanto contradictoria, pero viva y colorida que se ha opuesto de mil maneras a los tiempos modernos. Sabemos de estos polichinelas. De Gurdjieff, Suzuki, Berdiaev, Krishnamurti, Carlos Castaneda, Allan Watts, y tantos otros; y aunque somos conscientes de que sus vidas e ideas son apenas los balbuceos de lo que advendrá en los próximos siglos, conocerlos nos permite atisbar las tendencias del porvenir en algunos aspectos cardinales y adivinar los contornos de la próxima mentalidad histórica que sustituirá paulatinamente a la moderna.

El gran reto que la nueva cultura tiene que enfrentar es el de encontrar la manera de armonizar los avances científicos con la necesidad de espiritualizar al hombre, de conciliar lo utilitario, lo racional, con lo religioso y lo trascendente.

A fines del siglo XX y del milenio, el hombre parece internarse cada vez más en las honduras de una transición dura y decisiva donde todo el arsenal de la civilización moderna tendrá que pasar por el juicio de una nueva sensibilidad, que en nuestros días ya está incubada en las víceras de este cuerpo histórico moderno que con todo no deja de ser fascinante.

Jorge García-Robles